

La inspiración de estos anhelos justificaría, pues, la dictadura; y no es menester mucho ingenio para comprender que se alude a la del proletariado. No es, por tanto, la dictadura lo malo, sino su inspiración. O sea, lo que todos los dictadores sostienen.

Pero, el antepenúltimo párrafo desvanece cualquier duda:

«Nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico».

Es, como se ve, nuestro viejo conocido el socialismo, con su fórmula específica.

Y entonces todo se aclara.

El imperialismo, limitado a los «Estados capitalistas», como si no constituyera una invasión, y de las peores, la propaganda comunista que sostiene el gobierno ruso contra las instituciones de los otros países, inclusive el nuestro, nueva y especialmente favorecido con esta preferencia de su hostilidad; para no hablar de conquistas a sangre y fuego, como la de Georgia, modelo de república socialista, según Macdonald, con el objeto bien capitalista, por cierto, de apoderarse del petróleo de Bakú.

Y se aclara la malquerencia contra los Estados Unidos, donde el socialismo nunca pudo prosperar, aun cuando se trata del país más trabajador, productor, rico, feliz y democrático del mundo, conforme lo demuestra la preferencia de todos los hombres necesitados de trabajo; mientras ese éxito humano se ha cumplido bajo el régimen de la propiedad privada, que el presidente Coolidge ratificaba en su último mensaje con valerosa convicción.

Llamados a optar entre esto y los frutos del marxismo en Rusia, el resultado no sería dudoso.

Ignoro si los países del Continente desean imitar las confiscaciones mejicanas; pero sé que el colectivismo, en un país despoblado aun, militarmente débil, grandemente necesitado de capital y de industria, con una fuerte población extranjera, todavía inconexa o flotante, comportaría un síncope mortal.

Destinados a constituir, por mucho tiempo aun, una República pastora y agrícola, mediante la incorporación de trabajadores enérgicos, a quienes sólo arraiga de veras la posesión del suelo, esto nos predestina a ser, como los Estados Unidos, un país conservador, capitalista, nacionalista, quizá guerrero. En todo caso, como lo es ya, un país contento de su suerte, y con ello poco dado a comprometerla en aventuras.

Hacer propietarios, es hacer argentinos; y a ello debiera corresponder una meditada ley de naturalización obligatoria. El socialismo es fenómeno de países sobrepoblados, industrializados y estables: condiciones que nos faltan totalmente. La idea de clase, como situación permanente en la sociedad, es acá, postiza. Generalmente llega el capaz de llegar. Y es mucho mejor constituir, mediante esa selección, siquiera ruda y cruel, un país de vencedores de la vida, que una blanduzca colmena de comensales a media ración.

Por lo demás, no se hace caridad con la

patria; ni ésta tiene otro deber que el de asegurar la felicidad a sus hijos. Su honor ante las demás, consiste en no hacerlo a costa del bien ajeno. No le incumbe otra responsabilidad que la de bastarse. Se vive como se puede, no como se imagina o razona, porque la vida es ajena a los sistemas humanos que llamamos moral. La inteligencia o la razón nada estable crean, ni siquiera crean nada. Lo único que crea, es el instinto, cuyas satisfacciones llamamos intereses y cuyo agente de realización es la fuerza. El intelectualismo y el racionalismo, no son más que metafísica.

La América Latina es, así, una mera expresión etnográfica. No existe la menor posibilidad de transformarla en entidad política; y creo que, si se realizara, no nos convendría figurar, al menos por ahora, en

ella. Así fué ya en 1825 y en 1863, y las razones actuales para mantener esa tradición, son más fuertes todavía.

El programa de la Unión que acaba de fundarse es, pues, a mi entender, una reedición de dos cosas viejas y malogradas por la experiencia: el americanismo bolivariano y el socialismo.

Al afirmarlo, con la franqueza correspondiente a la honradez, nada me cuesta añadir que no hay en ello la menor sombra de ironía ni de duda sobre la rectitud de intenciones de los fundadores de la «Unión», entre los que cuento más de un amigo. Toda crítica impersonal es un acto de consideración—valga la fórmula—distinguida

LEOPOLDO LUGONES

(Calle Florida, Buenos Aires).

El Ministro organizador de la abundancia

ESTE ministro que ha organizado la abundancia, que ha engendrado el superávit, que tiene dinero sobrante en las arcas de su Tesoro, satisfecho de su obra va a retirarse a su hogar y va a dejar que su sucesor haga sentir al feliz contribuyente los beneficios imponderables del orden, de la economía y de la austeridad. Parece ocioso decir que nos encontramos en los Estados Unidos, y que esta Hacienda próspera es la Hacienda yanqui. Se ha liquidado el Presupuesto de 1924-25; han sobrado 250 millones de dólares (1.720 millones de pesetas al cambio actual). Como los gastos no se han aumentado en el Presupuesto de 1925-26, y el crecimiento progresivo de las recaudaciones no ha de detenerse, se calcula que en el ejercicio actual el superávit excederá de 400 millones de dólares. Y Mister Mellon, que es el ministro organizador de esta abundancia, deja la cartera a Mr. Burton, para que organice, por medio de la desgravación de impuestos, el reintegro al pueblo americano de estas cantidades excesivas que ha pagado. En efecto: los impuestos disminuirán este año en esa misma proporción de 400 millones de dólares.

No se atribuya este superávit al exceso de riqueza que se ha acumulado en los Estados Unidos por la habilísima política practicada durante la guerra. Es el fruto de la política de economías y de rigor, aconsejada por el Presidente Coolidge y practicada por Mellon, frente al Congreso mismo, que en varias ocasiones quiso otorgar pensiones a los ex-soldados de la guerra, votar créditos navales y adquirir nueva ferretería de guerra, como se llama en América a los armamentos militares.

También M. Caillaux, en medio de la inesperada adversidad de Marrue-

cos, quiere ser en Francia el ministro que organice la abundancia, o por lo menos el que asegure la normalidad presupuestaria. La labor es bastante más difícil que la realizada en los Estados Unidos. Entre indemnizaciones de vida cara, entre compensaciones por la desvaloración del franco, entre provisiones militares, Francia ha llegado de un Presupuesto de 12.000 millones a un Presupuesto de 30.000. Descender ahora, desmontar toda esa máquina que pesa abrumadoramente sobre la nación es empresa de titanes, sobre todo cuando a la carga actual habrá que agregar en breve el pago de las anualidades que se concierten para la liquidación de las deudas interaliadas.

Comentábamos días pasados, en este mismo lugar cómo M. Caillaux, así como se revestía de armadura el caballero que había de lucir sus galas en un torneo, se había hecho una recia cota defensiva con nuevos poderes y nuevas atribuciones y más privilegiados fueros políticos otorgados al ministro de Hacienda. En vano se quisiera esquivar la palabra cierta: se ha atribuido una dictadura. Se han clausurado las Cámaras, y va a aprovecharse el interregno parlamentario y el descanso veraniego para intentar la cruenta operación quirúrgica de amputar oficinas, mutilar nóminas y cercenar escalafones. Ya en el *Journal Officiel* del día 9 ha aparecido el decreto constituyendo la Comisión, que subdividida en diferentes ponencias, ha de encargarse de proponer al ministro dictador todas las economías que se estimen hacederas. La va a presidir un funcionario prestigioso: el fiscal del Tribunal de Cuentas, M. Bloch, que lleva varios años censurando el derroche de la Administración pública, y también la for-